



# el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

## Breve semblanza de la arqueología en Xochicalco

### En el marco del XV aniversario de Xochicalco como Patrimonio Cultural de la Humanidad

Mtra. América Malbrán Porto  
Arqlogo. Enrique Méndez Torres

Los trabajos de investigación arqueológica en el estado de Morelos iniciaron muy temprano en el siglo XX, sin embargo la primera mención de restos arqueológicos en el área nos la proporciona el padre Sahagún, quien reportó el sitio de Xochicalco y nos dice: "Hay grandes señales de las antiguallas de esas gentes, como hoy día parece en Tula y en Tulantzinco, y en un edificio llamado Xochicalco que está en los términos de Cuauhnahuac" (Sahagún, 1969:30).

Después de la referencia anterior el sitio desapareció de la atención de los estudiosos, por más de cien años los cronistas no mencionaron la región como un lugar donde había antigüedades (Litvak King, 1971:101).

La siguiente noticia, sobre la presencia de culturas prehispánicas en Morelos, después de la de Sahagún, es la que hizo Gemelli Carreri, aventurero y viajero italiano del siglo XVII, que en un viaje desde Acapulco a México, en 1697, pasó por Alpuyecá, donde vio un teponaztlí antiguo. Este autor no mencionó ninguna otra pieza en la región y tampoco habla de Xochicalco a pesar de haber estado en las cercanías del sitio (Ibid.:101-102).

Desde muy temprano autores como Veytia, Alzate, Márquez, Humboldt, Barón Gros, Perdreauxville, y otros tomaron gran interés por Xochicalco. No obstante, la atracción por el sitio nació principalmente como una búsqueda de correlacionar la información y la mitología de los periodos Posclásico y Conquista, con una realidad arqueológica (Cyphers y Spitalier, 1985:41).

Veytia hace una referencia a un sitio en las inmediaciones de Cuauhnahuac, pero no se sabe si en realidad se refería a Xochicalco, a este respecto nos dice: "En Cuauhnahuac había otro palacio muy grande, cuya fábrica era toda de piedras grandes de cantería tan bien labradas y ajustadas, que sin necesidad de lodo ni otra argamasa, estaban fuertemente unidas y formaban el edificio, no sólo en sus paredes, sino también en sus techos; que todo era de piedra, sin madera alguna, lo cual sería verdaderamente admirable. De ninguno de estos dos edificios (el otro lo localiza en Toluca) ha quedado en nuestros días vestigio alguno, ni memoria de los sitios en que estuvieron" (Veytia, 1944:176).

A partir de este momento Xochicalco es visitado por los personajes más ilustrados de la época, quienes se dan a la tarea de examinar sus monumentos, describirlos, inquirir sobre su significado y realizar las primeras ilustraciones con las que contamos. Arriban también viajeros de menor erudición que escriben noticias en un formato periodístico o literario (López Luján, 2001:290).

Se puede decir que Xochicalco es uno de los primeros sitios arqueológicos de Mesoamérica en ser objeto de un estudio científico. Joseph Antonio Alzate y Ramírez se adelantó a sus contemporáneos Antonio del Río y Antonio de León y Gama, al iniciar sus pesquisas precursoras en 1777. En aquella fecha histórica durante un viaje que hacía por el sur de México Alzate fue informado de la existencia del castillo de Xochicalco. El sabio mexicano no dudó entonces en dirigirse al sitio para realizar un reconocimiento inicial. Por desgracia llegó poco después de que el Templo de las Serpientes Emplumadas había sido parcialmente destruido por los propietarios de la hacienda azucarera de Miacatlán, quienes desprendieron algunos de sus relieves para usarlos como hornillas de la casa de calderas y en la represa que servía de motor a la maquinaria (Ídem.).

A Alzate le siguieron otros exploradores, a lo largo del siglo XIX, como Dupax y José



Pintura de las ruinas de la Pirámide de Xochicalco para 1839 de Carl Nebel

Luciano Castañeda en 1805 y el pintor Carlos Nebel quien en 1839 realizó una serie de láminas a color de la zona.

En 1833, el barón Gros, quien recomendaría la expedición científica francesa de 1864, verifica la presencia de tumbas en el interior del Templo de las Serpientes Emplumadas y lleva a París algunos de sus relieves; en 1834 visitan la zona el artista y explorador Frederick Waldeck y más tarde, en el mismo año, Charles Latrobe, quien hizo brillantes descripciones de las terrazas bajas y los caminos pavimentados; en 1835, Renato de Perdreauxville se pone al frente de una expedición ordenada por el Gobierno de Anastasio Bustamante, y en 1842 el diplomático Branz Mayer (Ídem.).

Las exploraciones arqueológicas sistemáticas llevadas a cabo en Xochicalco inician con Leopoldo Batres en 1886, estos trabajos fueron organizados por el Museo Nacional de México y tuvieron como sus principales resultados la toma de valiosas fotografías y la designación de un guardián para la zona. Las investigaciones respondieron a la necesidad de reafirmar la identidad nacional, de descubrir los grandes monumentos de civilizaciones perdidas y buscar los antecedentes culturales e históricos de las civilizaciones Posclásicas (López Luján, Op.cit.:293; Cyphers Guillén y Spitalier, Op.cit.:42). La labor de Batres consistió en algunas excavaciones estratigráficas, la consolidación de las fachadas del templo y la reconstrucción de la escalinata y los muros de la capilla superior (López Luján, Íbid.:293).

El inicio de la Revolución Mexicana provocó que se suspendieran la investigación arqueológica a lo largo del territorio Nacional, será ya entrado el siglo XX que se retomaron las tareas y nuevos equipos de arqueólogos desarrollen sus trabajos en el área de Morelos y en Xochicalco en particular.

#### Bibliografía

Cyphers Guillén, Ann y Nicole Spitalier  
1985 "Balance y perspectiva de la Arqueología de Morelos" en Anales de Antropología. Vol. 22, N°1. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. México. Pp.41-70.

Litvak King, Jaime

1971 "Investigaciones en el Valle de Xochicalco" en Anales de Antropología. Vol. 8. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México. México. pp. 101-124.

López Luján, Leonardo

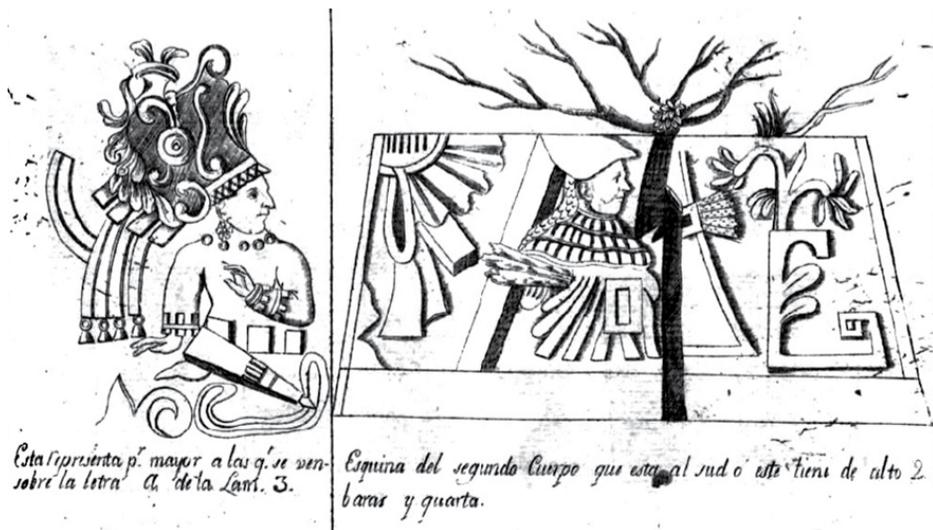
2001 "La arqueología del Epiclásico en el Centro de México" en Descubridores del Pasado en Mesoamérica. Antiguo Colegio de San Ildefonso. Turner Publicaciones, S.L. México. Pp.285-379.

Sahagún, fray Bernardino de

1969 Historia general de las cosas de Nueva España, Biblioteca Porrúa, Porrúa, México.

Veytia, Mariano

1944 Historia antigua de México. Editorial Leyenda. México.



Esta representa p. mayor a las q. se ven sobre la letra A. de la Lam. 3.

Esquina del segundo cuerpo que está al sud o este tiene de alto 2. barras y quarta.

# Loza roja bruñida de la época virreinal localizada en Ocuituco, Morelos

Raúl Francisco González Quezada  
Sandra Luz Villegas Calzada  
Ana Cecilia Abascal Cortés

Ocuituco es una comunidad que tiene un origen que va a más allá de tres mil años de historia. Localizado en la sección noreste del estado de Morelos, se encuentra rodeado de cerros como el Mirador o Xumiltepec, Achichipico, Metepetzin, y el Acualón, y se encuentra enmarcado entre dos caudales que ahora son intermitentes en las barrancas del Montecillo que pasa por el suroeste y Tepexi que baja por el sureste (Anzures 2008:24). Según el fraile dominico Fray Diego Durán los de Ocuituco eran de ascendencia xochimilca (Anzures 2005:30-32).

El investigador Peter Gerhard que analizó por primera vez un documento virreinal muy temprano logró definir la composición del pueblo o altépetl de Ocuituco, el cual tenía cuatro cabeceras: Ecatingo, Xumiltepec, Tetela y Ocuituco, siendo este último la cabecera principal que regía ocho estancias: Tlamilulpa, Opalcalco, Cuytepeque, Cuaoztoco, Neuxanetengo, Chapantebeza, Tachacuestavasco y Tecamachalco (Anzures 2008:63, 65).

Con este vínculo con Xochimilco se ha supuesto que es a través de éste que pagaba tributo a la Triple Alianza (Ibid: 55; Anzures 2005:37, 81).

Consumada la conquista de México-Tenochtitlan, los españoles volvieron a lo que actualmente es el territorio morelense para someter a varios lugares, entre ellos Ocuituco. Es muy probable que Pedro Sánchez Farfán, en nombre de Cortés organizara la campaña en dicha región y lo sometiera (Anzures 2008:88-89).

Una vez que los agustinos arribaron a este lugar se enfocaron en la construcción de su primer convento en 1534, cuya advocación se dirigió al señor de Santiago

(Anzures 2008:155), posiblemente sobre las bases que los dominicos establecieron en un principio. Esta fue la primera casa que tuvo la orden en Nueva España (Ibid:156).

La construcción del Templo y el Convento se transformaron en trabajos tan ambiciosos que los indígenas sufrieron continuos abusos y explotación, por lo cual la Corona llamó la atención a los frailes por esta situación y por haber iniciado la construcción del convento antes de terminar la iglesia, sin embargo esto los religiosos lo pasaron por alto. Al final la Corona les derribó las dos cárceles que usaban para aprehender a los indios que no querían participar en la construcción del convento (Ibid:157-158).

Aunque en 1535 se les retiró la administración religiosa del pueblo, se ha considerado probable que fray Juan de Zumárraga, quien tuvo el pueblo en encomienda, terminara la construcción de la iglesia para 1536 y 1541. Para 1554 los agustinos regresaron a Ocuituco y ocuparon el convento nuevamente (Ibid:158).

En las dos temporadas correspondientes a los años 2011 y 2012 del Programa de Empleo Temporal (PET) que está a cargo de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Delegación Morelos, se realizaron una serie de prospecciones arqueológicas en el Convento Santiago Apóstol, Ocuituco, Morelos, lo cual permitió la recuperación de diferentes materiales arqueológico como los tepalcates que aún siguen siendo analizados, clasificados, cuantificados e incorporados a los informes.

Algunos ejemplares de esta colección corresponden al periodo virreinal y en específico a un tipo de Loza Roja Bruñida. Esta denominación la reciben por el tipo de acabado de superficie que presentan, el tipo de pasta con el que están elaboradas y las formas específicas que se produjeron con estos atributos. Las piezas en general recibieron una capa o engobe color rojo que fue pulimentado al grado de lograr un brillo que se denomina bruñido. A pesar de que los ejemplares que tenemos se reducen solamente a fragmentos absolutamente monocromos, se lograron inferir las formas a las cuales pertenecen, entre ellos se encuentran cajetes, apaxtles, jarras, copas, vasijas fitomorfas, tapas, asas horizontales, asas verticales, cuerpos de vasijas globulares, aplicaciones, platos, soportes huecos y soportes sólidos.

Aunque también se sabe de otras formas existentes como ollas, macetas, vasos, tecomates, pichanchas, candeleros (Charlton et al. 1995: 410), molcajetes trípodes, vasijas efigie antropomorfas, jarras lisas, decoradas con cabezas de águila o con acanaladuras y silueta de calabaza, cuencos con soporte de pedestal (una de las formas que persiste hasta el siglo XVIII) y cuerpo liso o acanalado de silueta fitomorfa, ollas, cántaros con diseños geométricos lineales, ondulantes pintados (Charlton et.al.1987:140-141).

Los artefactos procedentes de Ocuituco están cubiertos con un engobe rojo, la cara interna, la cara externa o ambas, ya sea de manera parcial o total, algunas fracciones de éstos conservan el engobe con apariencia mate mientras que otras secciones se encuentran bruñidas con una apariencia bastante lustrosa y las áreas restantes conservan el color natural del barro junto con un alisado. De ahí que se observe un contraste radical óptico en el acabado de superficie.

En nuestra colección una gran parte de la decoración consiste en bandas anchas rojas ubicadas sobre el borde ya sea en la pared interna o externa de los artefactos; en menor medida tenemos la técnica decorativa esgrafiada que logra pequeños diseños fitomorfos.

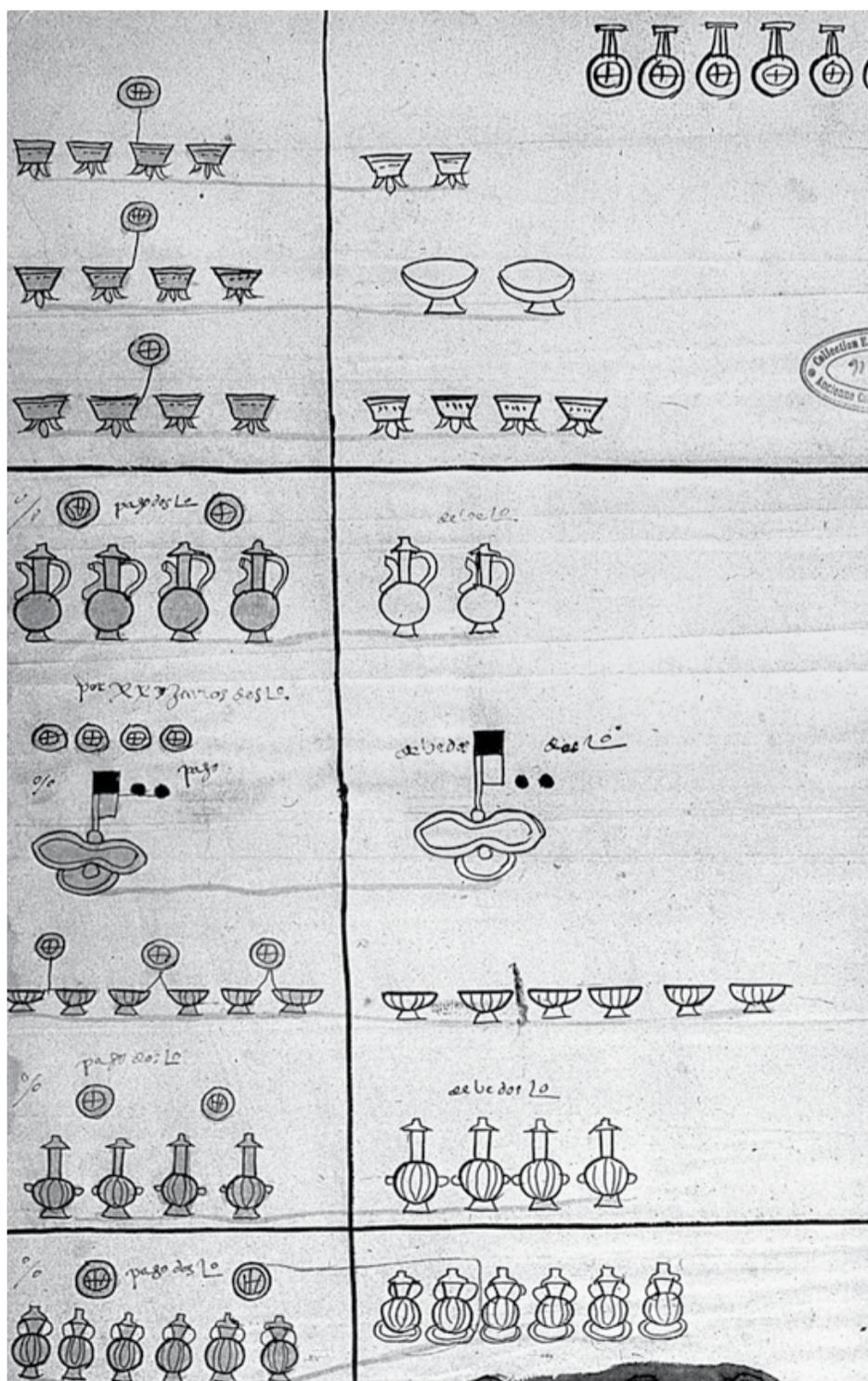
A este tipo de loza también se le conoce como "Cerámica del Contacto, Pintura Roja, Loza Roja, Loza Roja Azteca, Grupo Pulido, Rojo Bruñido o Rojo Pintado Mexicano" (Charlton et. al. 1987: 137-138).

Dicha loza se ha identificado anteriormente en el material obtenido en las excavaciones arqueológicas a cargo de Wanda Tomassi en el Zócalo de Cuernavaca y de Jorge Angulo V. en el Palacio de Cortés (1971-1972) ubicado también en el centro de Cuernavaca, Morelos, en donde las formas halladas se reducen a cazuelas. Este tipo cerámico se considera muy cercano al tipo de la Cuenca de México (1650-1809), no obstante carece de diseños negros, rojos, blancos y púrpúreos sobre rojo (Charlton 1975, 1983). La técnica decorativa es pulimento a palillos, mientras que los diseños son bandas anchas y líneas diagonales (Charlton et.al.1987: 179, 185).

Como antecedentes de este tipo, tenemos para el periodo Posclásico Tardío, la "Loza Roja", también conocida como Rojo Texcoco, con una superficie muy pulida con marcas horizontales y en ocasiones una apariencia lustrosa. Las vasijas fueron ornamentadas con largas secciones de gruesa y bien pulida pintura roja, con diseños negros, pintura blanca, incisiones o líneas delgadas negras, distribuidas en varios conjuntos (Hernández 2012: 59; 69), además un engobe cubriente y bruñido total, que difiere del acabado de superficie que se introduce en el periodo colonial, pues se aplica un bruñido diferencial y pintura zonal (Charlton et.al. 1995: 142-143).

A principios del virreinato, no existió una ruptura de tajo respecto a la factura cerámica precortesiana, pues se continuó empleando la misma cerámica utilitaria, claro excepto la ritual o aquella que tuviera algún diseño o signo con valor simbólico, religioso que apuntara indudablemente a un contenido herético, de tal forma que se excluyeron de la producción alfarera (Gómez y Fernández 2007: 21).

Cabe mencionar que uno de los resultados de la invasión española radicó en transformaciones de la cultura, donde se reiteraron algunas formas y se



Fragmento del Códice de los Alfareros de Cuauhtitlán (Tomado de [www.amoxcalli.org.mx](http://www.amoxcalli.org.mx))

introdujeron nuevas. Es muy probable que la loza roja bruñida se haya readaptado a los estatutos hispanos en la Nueva España (Fournier 1990: 250).

La elaboración de cerámica previas a la invasión española en el centro de Nueva España durante el período virreinal temprano, tuvo pocos cambios aparentes, las recetas de arcilla, el método de formado y la tecnología de cocción se mantuvieron como en el periodo anterior. La forma, acabado de superficie y decoración de vasijas si tuvieron modificaciones, aunque estuvieron visualmente asociados a la tradición previa a la invasión española (Hernández 2012: 207)

La cerámica de estilo indígena continuó haciéndose después de la conquista (entre ellas la Loza Roja), claro que con nuevos elementos decorativos. En el contexto rural y urbano del Valle de México, dicha cerámica presentó varios cambios en las primeras décadas del periodo colonial, además de coexistir con la cerámica de estilo español. En los asentamientos rurales las vasijas cambiaron de manera más lenta y la cerámica de estilo español fue escasa. La influencia del nuevo mundo colonial se reflejó por ejemplo en los soportes de vasijas en forma de garra de león o los patrones pintados sobre las Lozas Rojas, imitando patrones en Mayólica. Además se incorporaron elementos de tradición prehispánica pero que pertenecían a otros tipos como la gran variedad de pulidos diferenciales que finalmente se introdujeron a las Lozas Rojas (Hernández 2012: 97-98; 208). Cabe señalar que se elaboraron Lozas Rojas con típicos atributos formales españoles, entre ellas bases anulares y tapas (Ibid:214).

La Cerámica Roja presentó un gran impulso en tiempos virreinales, muchas formas nuevas y decoraciones aparecieron, sin embargo marcas visibles en la manufactura de las vasijas como las juntas y la compactación diferencial de la arcilla, muestran que siguieron haciéndose con moldes (Ibid:109). El engobe rojo comienza a ser decorado con pulido diferencial y pintura zonal con algunas partes alisadas. También presentaron innovación en sus motivos decorativos, las vasijas rojas coloniales con decoración negra, tienen líneas más gruesas que los antecedentes prehispánicos. (Ibid:115).

La Loza Roja llegó a ser la favorita entre la cerámica de estilo indígena, no sólo en el valle, sino incluso en lugares vecinos como Cholula y Cuernavaca. La popularidad de esta cerámica contrasta con el decremento de la Cerámica Negro sobre Anaranjado, así como con la reducción de las vasijas policromas, las cuales en tiempos previos a la invasión española eran altamente apreciadas (ambos tipos desaparecieron al final del periodo virreinal temprano) (Hernández 2012:119-120).

La cerámica roja de contacto se caracteriza por las superficies decoradas con pintura, pulido diferencial, sellado, acanalado, incrustaciones y moldeado en los soportes. La decoración se realizó en las paredes internas o en el fondo de las piezas (esta innovación fue tomada de la cerámica Negro sobre Anaranjado). En tanto los diseños se hicieron más grandes y con mayor grosor; la función residió en el servicio, así como el consumo de alimentos y bebidas (Charlton et. al. 1987: 143, 148; Hernández 2012:144).

Algunos artefactos se asociaron a usos virreinales, tales como candeleros, azucareras, teteras que se introdujeron en la nueva sociedad colonial y reflejaron nuevos hábitos domésticos y alimenticios. Así las vasijas de estilo indígena tuvieron uso exclusivamente doméstico (Hernández 2012:136)

La Loza Roja generó cierta preferencia estética y probablemente pasó a ser una vajilla de consumo primordial para la comunidad hispana, incluyendo las élites, pues en distintos textos virreinales quedaron asentadas las formas, la producción

y el uso (vasos, alcarrazas, jarros, tinajas). Quizá esta preferencia se debió a que esta cerámica se consideró análoga a la Cerámica Roja facturada en Portugal y Extremadura (Charlton et. al. 1987: 141; Charlton y Fournier 2012:135).

La cerámica Rojo Bruñido se encuentra asociada al consumo de los españoles, debido a que está presente constantemente en las colecciones de la Ciudad de México, donde se han llevado a cabo distintos trabajos arqueológicos que muestran los asentamientos hispanos durante la época virreinal (Charlton et. al. 1987:149).

En otras palabras, dicha cerámica probablemente se encuentra vinculada a ciertos estratos socioeconómicos, en este caso la élite indígena y la sociedad española, quienes podían tener más fácilmente acceso y consumo, ya sea dentro o fuera del Centro de México, es decir, en centros urbanos y rurales como por ejemplo Cuernavaca, Morelos (Ibid:150).

Aún se carece de conocimiento respecto a los talleres donde se producía dicha loza roja, sin embargo se sabe que en Churubusco, Xochimilco, Cuauhtitlán se facturaba cerámica en el siglo XVI (Ibid:139).

La mejor referencia se halla en una fuente documental llamada "Código de los Alfareros de Cuauhtitlan", ahí se registraron piezas completas (jarros, tinajas, alcarrazas), que consideramos análogas a algunas formas inferidas de nuestros fragmentos provenientes del Convento de Ocuituco (Idem).

La Loza Roja pulida de Cuauhtitlán aparece en importantes celebraciones como la que se llevó a cabo en junio de 1566, cuando el hijo del segundo Marqués del Valle de Oaxaca, Martín Cortés fue bautizado como Pedro Cortés de Ramírez de Arellano. Para celebrar este acontecimiento se emplearon ollas conocidas como alcarrazas, y tazas de barro, todo hecho en la localidad de Alonso de Ávila, Cuauhtitlán. Para decorar las ollas y tazas, se ordenó que todas tuvieran la letra R y sobre ellas una corona (Charlton y Fournier 2012:141-142).

Patrones arqueológicos en varias casas españolas en la ciudad de México junto con documentos históricos indican que la cerámica indígena como la comida y prácticas alimenticias, fueron adoptadas por los españoles para las relaciones de negociación social con las élites indígenas (Rodríguez-Alegría 2005:551).

Desde antes de la invasión española hasta después de 1625, los indígenas elaboraban un tipo cerámico conocido como Loza Roja, muy pulida, que se empleaba para el servicio, entre ellos estaban tazones, platos, jarras y otros artefactos para cocinar (Ibid:560).

Dicha loza se encontró en las casas españolas de la ciudad de México, donde la parte frontal de las mismas era el lugar idóneo para la negociación política y las relaciones entre españoles e indígenas. Los españoles solían usar lozas indígenas para demostrar su hospitalidad y proveer una comida aceptable para sus invitados. Las comidas adecuadas quizás ayudaron a los colonizadores a casarse con élites indígenas, con el objetivo de obtener mano de obra, tributo, tierras y riquezas, mientras que para los indígenas la oportunidad de formar relaciones o alianzas con éstos (Ibid:562; 564).

La presencia de esta loza bruñida en Ocuituco nos permite evaluar las redes de comercio e intercambio que llegaban hasta los gustos de los pocos españoles que habitaban esta localidad durante muchas décadas durante el siglo XVI y XVII. Así como la aceptación de este tipo de artefactos para prácticas sociales que se transformaban y se identificaban como elementos culturales de una nueva sociedad que se transformaba desde una sociedad clasista hacia una de carácter feudal.

#### Bibliografía.

Anzures Carrillo, Enrique.

2005 La formación de los pueblos indios en el Altépetl de Ocuituco, Siglo XVI. Tesis de Licenciatura en Etnohistoria. México, ENAH, 188 p.

2008 Ocuituco: Organización político- territorial en los siglos XVI y XVII. Tesis de Maestría en Historia y Etnohistoria. México, ENAH, 252 p.

Charlton, Thomas H. y Patricia Fournier.

2011 "Pots and Plots. The Multiples roles of Early Colonial Red Wares in the Basin (Identity, Resistance and Negotiation, Accommodation, Aesthetic Creativity or Just Plain Economics?) " En: Enduring Conquests. Rethinking the Archaeology of Resistance to Spanish Colonialism in the Americas. Mathew Liebmann y Melissa S. Murphy (ed.) School for Advanced Research Advanced Seminar Series, EUA.

Charlton, Thomas H, Patricia Fournier, Judith Hernández A. y Cynthia L. Othis Charlton.

1987 La cerámica rojo colonial en el Palacio de Cortés (Tradicción local de Cuernavaca En: Estudios de materiales arqueológicos del periodo histórico. El Palacio de Cortés, Cuernavaca, Morelos, INAH-Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, Cuernavaca, Morelos, México, pp.179, 185-187.

Charlton, Thomas H., Patricia Fournier, y Juan Cervantes

1995 La cerámica del periodo Virreinal Temprano en Tlatelolco: el caso de la Loza Roja Bruñida. En: Presencias y Encuentros Investigaciones arqueológicas de salvamento. p. 135-155. Subdirección de Salvamento Arqueológico. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Fournier García Patricia

1990 Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México, con base en los materiales del Exconvento de San Jerónimo. Serie Arqueología, INAH, México.

Gómez Serafín Susana y Enrique Fernández Dávila.

2007 Catálogo de los objetos cerámicos de la orden dominicana del ex convento de Santo Domingo de Oaxaca. Colección Científica. Serie Arqueología. INAH, México.

Hernández Sánchez, Gilda.

2012 Ceramics and the Spanish Conquest. Response and Continuity of Indigenous Pottery Technology in Central Mexico. Brill, Leiden Boston.

Rodríguez-Alegría Enrique.

2005 Eating Like an Indian. Negotiating Social Relations in Spanish Colonies. Current Anthropology, Vol. 46, Number 4, August- October. p. 551-573.



Fragmento de cajete de loza roja bruñida procedente de Ocuituco



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

[www.morelos.inah.gob.mx](http://www.morelos.inah.gob.mx)

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez  
Luis Miguel Morayta Mendoza  
Giselle Canto Aguilar

Israel Lazcarro Salgado  
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: **Raúl Francisco González Quezada**  
Diseño y formación: **Joanna Morayta Konieczna**

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores